

# ***El futuro de la Izquierda***

**Debray, Régis**

---

**Régis Debray:** Se desempeñó entre 1983 y 1989 como consejero de Asuntos Exteriores del presidente Francois Mitterrand. Autor de *Revolución en la revolución*, su último libro se titula *Imperios contra Europa*.

---

El líder soviético Mijail Gorbachov invitó recientemente a Willy Brandt, presidente de la Internacional Socialista, a unírsele en la búsqueda de formas para rejuvenecer al socialismo. Los pocos que siguen siendo miembros de los partidos comunistas de Europa Oriental buscan ansiosamente en los socialistas demócratas de Europa, en un esfuerzo desesperado, la forma de remozar su imagen y su doctrina. Qué improbable una resurrección. Y qué ironía de la historia.

Los socialistas confirmados, como el líder francés León Blum y el socialista alemán Karl Kautsky, quienes demandaron en 1920 que el socialismo siguiera fiel a los principios democráticos o degeneraría en una dictadura, fueron condenados por los bolcheviques y destinados al rincón sucio de la historia. Y aun así esta misma clase de socialista está siendo llamada a reciclar los restos de un comunismo marxista luego de la apertura democrática del Este.

La historia siempre es fiel a sus ironías. ¿Por qué entonces el triunfo socialista es tan modesto en su celebración y tan confuso para quienes celebran? Porque los socialistas, de hecho, no tienen nada preciso ni inspirado que ofrecer a los huérfanos de este sueño igualitario.

En una época en que el incuestionable liderazgo de la lucha por la emancipación de la humanidad recae sobre ellos, los socialistas se comportan como si ellos mismos hubiesen renunciado a su histórico papel.

Olvidados por la administración pública, diluidos por la política electoral, vulgarizados por las demandas de la demagoguía de los medios masivos, los socialistas de Europa occidental están a la vez victoriosos y desencantados.

Hoy la izquierda socialista sufre una crisis de credibilidad, legitimidad e identidad. Ha perdido su base social coherente cuando no pudo ya definirse como el vocero de la clase trabajadora, como el defensor de los explotados contra los explotadores.

La producción ya no descansa primariamente en la labor física sino que depende de la información.

Adicionalmente, el lugar del trabajo ya no es el centro de la sociedad. Y la sociedad está menos y menos dividida en líneas antagónicas de clase, mientras se divide cada vez más en líneas étnicas, religiosas, idiomáticas, de status consumista y edad/género. Ya no existe una clase escogida. En lugar de ello, hay diversas asociaciones de empleados que luchan entre ellos por las tasas de impuestos, deducciones hipotecarias y tarifas para el cuidado infantil.

Finalmente, la izquierda ha perdido su sentido de misión histórica.

Desde que aprendió que una plataforma política no puede por sí misma alterar la tasa de cambio o de inflación, la izquierda ha estado renuente a despertar las expectativas o hablar de proyectos sociales, temiendo que sus adversarios la cataloguen como una soñadora irresponsable.

Los socialistas de Europa han tenido un brillante éxito, pero no estoy seguro de lo que tuvieron que hacer con el socialismo. Es como si el socialismo pudiera servir a todos excepto a los suyos. Felipe González ha modernizado a España abriéndola al capital internacional. Willy Brandt ha servido fielmente a la causa de unificación germana. Francois Mitterrand ha democratizado a la Quinta República legitimando el compartimiento de los poderes. El Partido Comunista italiano - la expresión italiana de la democracia social - ha acelerado la total integración de Italia a la Comunidad Europea.

Todos estos socialistas, puede decirse, han promovido hábilmente las causas de la democratización económica, el tratamiento justo y la integración de los grupos étnicos, la democracia y la unificación de Europa. Pero, ¿qué de la causa de los trabajadores, la causa que provee su identidad histórica?

Las desigualdades sociales han aumentado en Francia desde 1983, y la liberación de los movimientos de capitales a lo largo de las fronteras en la Europa liberal de 1992 reducirá sustancialmente los impuestos a las utilidades capitales, aumentando más la dependencia del gobierno de los impuestos al salario. El papel del Estado en la redistribución del ingreso disminuirá aún de tal forma.

El ideal socialista proclamado es tanto modernizar cuanto democratizar la sociedad. Pero cuando se trata de elegir, la justicia social siempre ha venido después de

la eficiencia económica. Y por ello más y más grandes grupos de activistas del partido se preguntan: ¿A qué propósitos sirve la izquierda?

Si los líderes de su partido pudieran decir la verdad, responderían: cumplir con las políticas de la derecha, pero de forma más inteligente y más racional. De ahí la creciente pérdida de interés en la política y la dramática caída en la participación electoral. De ahí la degeneración de facto de la Internacional Socialista en una organización de nebulosa ambigüedad.

Cada izquierda en cada país continúa luchando, pero claramente a la defensiva. Ellos defienden el derecho de los trabajadores contra las demandas de la empresa; defienden las ganancias sociales contra la lógica de una sociedad de dos clases (que tolera que un tercio de la población quede afuera), defienden las libertades individuales contra las amenazas de la mayoría moral; defienden el principio de una economía mixta para salvaguardar un mínimo de servicios públicos de los tentáculos de las fuerzas del mercado. Defender, salvaguardar, preservar, dicen. La izquierda ya no es una fuerza pro activa sino simplemente un freno del mercado. Habiendo renunciado a su papel en la lucha por el poder contra los poderosos, la izquierda se considera un contrabalance, un discreto mecanismo de equilibrio.

El hecho es que, hasta hoy, no se ha desarrollado una alternativa viable al dinamismo del mercado mundial. Dado el colapso del comunismo, los socialistas demócratas tendrían ahora un papel preeminente si pudieran haber demostrado que existe una alternativa. Pero no lo han hecho...

Al salvaguardar y preservar ciertos dominios de la creatividad y la dignidad - como las actividades culturales, educación pública, el medio ambiente, la televisión, la investigación científica - de la intrusión de las relaciones del mercado, los socialistas podrían crear una situación en que el temor al gobierno todopoderoso será en todas partes reemplazado por los todopoderosos y corruptos dólar, yen y marco.

¿No inspiran estas sobrias perspectivas el mismo entusiasmo que la certeza otrora sostenida de la caída del capitalismo? Entre tanto más, mejor. Es bueno que el socialismo, que en su nacimiento fue más como una casa de oración o tradición escolástica o fe religiosa, se haga más seglar y reflexivo en sus ánimos maduros, aun si ello significa pérdida de militancia. Pero sería una tragedia para la izquierda seguir en su actual desierto de imaginación estéril.

La derecha, que siempre defiende primero sus propios intereses, puede darse el lujo del pragmatismo y la perspectiva en el corto plazo. La izquierda, que lucha por la actualización de una idea sobre una sociedad más justa, está condenada a la perspectiva de largo plazo. Para ganar la siguiente ronda de elecciones, o reducir el déficit presupuestario, los socialistas deben ocultarse tras el realismo. Pero al hacerlo se arriesgan a ceder el alma por un cómodo lugar en los salones del statu quo.

El capitalismo no tiene ahora amenazas inmediatas o competidores convenientemente incompetentes. Sus enemigos son ahora de su propia fabricación: el deterioro de la biosfera, el sobrecrecimiento y deterioro de las manchas urbanas, la devastación del Tercer Mundo, las caídas del mercado de acciones y las crisis financieras.

Aun así tales males son, después de todo, curables. Hay, sin embargo, un mayor mal: un creciente vacío en una sociedad cada vez más privada de sentido moral debido a su obsesión miope por el éxito materialista.

Pero las almas, no menos que la naturaleza, aborrecen el vacío. Pronto podríamos darnos cuenta de que las grandes ideologías, cuya muerte tan alegremente celebramos, fueron, en el análisis final, mucho menos sangrientas que los fanatismos étnicos y religiosos que llenan el vacío que dejaron.

Es aquí, creo, donde podemos descubrir la labor más importante y útil de la izquierda en todo el mundo: la sustitución del socialismo como sentido moral y método civil por el socialismo como utopía. Una izquierda así redefinida podría ayudar a evitar un resultado en que la humanidad civilizada sucumba al canibalismo étnico y religioso. Si hay una ligera posibilidad de tener éxito en esta carrera contra la incivilización, debemos intentarla.

Brecha, Montevideo, 6/4/90